

# Montañas y peregrinos en los Caminos de Santiago

Marco Piccat  
Università degli Studi di Trieste (I)

**Resumen:** La montaña fue para todo el Medioevo un elemento natural del paisaje con el que los hombres tenían que contar forzosamente. Por esta razón entró a formar parte del patrimonio de las emociones que muchos narradores, sobre todo viajeros-peregrinos, quisieron expresar en diversas lenguas. Un ejemplo excelente de los problemas relativos al ascenso o paso de las montañas de los diversos países señalados y de sus múltiples representaciones mentales se contiene en los textos que se integran en la rica tradición odepórica de los viajes a Santiago de Compostela. Aquí las referencias culturales son continuas e insistentes: algunas veces, la idea de la montaña evoca cultos y tradiciones de la civilización antigua; otras, los peligros concretos que supone atravesarlas, sobre todo durante los meses invernales, representan una señal viva de las presencias diabólicas y, por último, otras veces se convierten en “notas de actualidad” de un momento histórico en el que los infelices, como lobos a la caza de presas, buscaban, en las montañas, la posibilidad de huir de su triste destino. Aun así, en la peregrinación a Santiago existían montañas especiales, lugares puros donde lo sagrado resplandece: algunas en localidades próximas al punto de partida; otra, importante, en la entrada a las tierras de España, pero la más grande, la del “gozo”, se elevaba a las puertas de la ciudad de Santiago. Estas notas quieren ser una breve invitación a recorrer, aunque sólo sea virtualmente, el encuentro con esas montañas y su ascensión.

**Palabras clave:** Camino de Santiago; montañas; miedos; sagrado; *Códice Calixtino*; *Chanson de Roland*; *Cronaca de Novalesa*; Bernardo de Aosta; Pedro el Venerable; Misterio de Bernardo de Menthon.

El Camino, que nace y se recorre desde el siglo X para conducir a los peregrinos europeos hasta la tumba del apóstol Santiago en Galicia, es, en su naturaleza más íntima, un auténtico y verdadero itinerario que va de una montaña a otra<sup>1</sup>, puesto que en la lenta aproximación a Compostela había que afrontar múltiples y diversas alturas<sup>2</sup>.

La experiencia de la subida no era ciertamente una sorpresa: la imagen clásica del peregrino, desde su primera aparición en los albores del siglo XI, tenía como signo distintivo, entre otros, para aquel que decidiera arrostrar esta aventura, el bordón,

---

1 Cfr. SCUDIERT RUGGERI, J., “Il pellegrinaggio compostellano e l'Italia”, en *Cultura Neolatina*, XXX, 1970, p. 185-198.

2 Cfr. PLÖTZ, R., “Il cammino e i luoghi”, en CAUCCI VON SAUCKEN, P., *Il mondo dei pellegrinaggi. Roma, Santiago, Gerusalemme*, Milán, 1999, p. 75-102.

con una significativa punta metálica, un auténtico *piolet*<sup>3</sup> *ante litteram*, sobre el que apoyarse en los pasos más difíciles<sup>4</sup>.

Con este propósito, la imagen que se ofrecía de los montes en las *Vidas de los Santos* presentadas en la *Guía del Peregrino a Santiago*, del siglo XII<sup>5</sup>, tenía significativos y ejemplarizantes reclamos, si bien con valores diferentes.

De hecho, en relación con san Trófilo y san Capariso, la leyenda contaba que las alturas habían asumido para ellos un papel protector y defensivo: el primero, arzobispo de Arles y cuerpo santo que hay que visitar nada más iniciarse la peregrinación compostelana por la Vía Tolosana<sup>6</sup>, se había refugiado en ellas cuando lo perseguían unos sacerdotes paganos. En la gruta que encontró en la blanca montaña surgió poco después la famosa abadía de Montmajour<sup>7</sup>. El segundo, obispo de Agen y coprotagonista de la pasión de Santa Fe, venerada en la igualmente célebre abadía de Conques, situada en la Vía Podense, se escondió con sus fieles en las cavernas de los montes próximos a la ciudad<sup>8</sup> para huir de las persecuciones, y desde una de sus cimas siguió de lejos el martirio de la joven virgen.

En el caso de santa María Magdalena, venerada a su vez en la grandiosa abadía de Vézelay, donde comienza la Vía Lemovicense, la montaña tolosana era, según la tradición antigua, el lugar de la tricenal penitencia y de oración<sup>9</sup>; por último, para Martín<sup>10</sup>, obispo y confesor, cuyo cuerpo se recomendaba visitar a los peregrinos que caminaban por la Vía Turonense<sup>11</sup>, el monte se convirtió en la sede por excelencia del último y sorprendente exorcismo: el santo identificó en la cumbre del monte Beauvray el lugar idóneo para extirpar definitivamente el antiguo culto druídico de las *pietre folli*<sup>12</sup>.

En la realidad cotidiana de la humanidad en Camino hacia Santiago, las montañas surgían dispuestas a interrumpir la hilera de la llanura y a exigir nuevas fatigas,

3 Para el rito del *accipe baculum, accipe peram*, cfr. CAUCCI VON SAUCKEN, P., "Culto y cultura de la peregrinación a Santiago de Compostela", en CAUCCI VON SAUCKEN, P. (dir.), *Visitandum est. Santos y Cultos en el Codex Calixtinus, Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Jacobeos*, Santiago, 2005, p. 91-106.

4 Para su presencia en el vasto panorama iconográfico medieval, cfr. JACOMET, H., "Saint Jacques, apôtre et pèlerin: proximité et distance", en SIGAL, P.A. (dir.), *L'image du pèlerin au Moyen Age et sous l'ancien Régime*, Rocamadour, 1994, p. 330-382.

5 La Guía, texto básico para comprender la esencia de la aventura compostelana, está contenida en HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber Sancti Jacobi Codex Calixtinus*, Santiago de Compostela, 1999.

6 Cfr. BOTTINEAU, Y., *Les chemins de Saint-Jacques*, París, 1966, p. 71-96; OURSEL, R., *Les pèlerins du Moyen Age*, París, 1963, 138-140; CHÉLINI, J.; BRANTHOMME, H., *Les chemins du Dieu. Histoire des pèlerinages chrétiens des origines à nos jours*, París, 1982, p. 165-168.

7 Cfr. "Primitus namque his qui per viam Egidianam ad Sanctum Iacobum tendunt, beati Trophimi confessoris corpus apud Arelatem visitandum est"; *idem*, p. 241.

8 Cfr. "Quod ut vidit beatus Caprasius, antistes urbis Agenti, qui rabiem persecucionis evitans latebat in quadam spelunca"; *idem*, p. 244.

9 "Hec vero [...] aliisque Dominicis discipulis usque ad Provincie patriam per mare, scilicet per portum Marsilie, pervenit, in qua scilicet patria celibem vitam per aliquot annos duxit"; *idem*, p. 244.

10 Cfr. también CALÒ MARIANI, M.S., "Santos a lo largo del camino de los peregrinos: san Martín de Tours", en CAUCCI VON SAUCKEN, P. (dir.), *Visitandum est...*, *op.cit.*, p. 39-52.

11 Para los santos venerados en la Vía Turonense, cfr. OURSEL, R., *Le strade del Medio Evo*, Milán, 1982, p. 177-190.

12 Cfr. *idem*, p. 246.

cualquiera que fuera, de las cuatro rutas mencionadas hasta ahora, la seguida por el peregrino<sup>13</sup>.

De hecho, los caminantes<sup>14</sup> borgoñones de la región del Ródano y los tudescos que, escogiendo la Vía Podense, optaban por emprender el viaje desde el célebre santuario de Nôtre Dame en Le Puy, se disponían a caminar a través del territorio que se atisba desde el alto Velay, las gargantas del Allier, los páramos da Margeride sobre los cañones de la Truyère, el altiplano del Aubrac... y todo esto antes de entrar en Rouergue.

Los que elegían la Vía Lemovicense, tomando como punto de partida la famosa abadía de Santa María Magdalena en Vézelay, pasaban cerca de las pendientes de la Marca, “*sembradas de piedras encantadas y cortadas por vaguadas*”, en palabras de Raymond Oursel, en las que se estancaban “*invisibles gourg*”.

En cuanto a los demás, bretones, normandos, picardos, habitantes de Flandes, de Provenza, de Languedoc y de las Cevenne, que se desplazaban siguiendo la Vía Turonensis, considerada el *magnum iter Sancti Jacobi*, puesto que recogía gran parte de los peregrinos del Norte y del Centro de Europa, el primer e importante obstáculo que aparecía después de Olorón estaba constituido por la Cadena Pirenaica.

Para los italianos del Sur y del Centro de la Península, los mismos que tenían que recorrer el auténtico Camino de Santiago<sup>15</sup>, las dificultades eran aún mayores y muy anteriores, ya que mucho antes de que entraran en la segura Vía Tolosana o de Saint Gilles, tenían que cruzar necesariamente la cadena montañosa de los Apeninos, preferentemente por el puerto del monte Bordone, que se corresponde con la actual Cize. El antiguo homónimo empleado para indicar un lugar y un camino, el *Alpem Bardonis* citado por Paolo Diacono<sup>16</sup>, llegó a utilizarse con el tiempo para indicar una buena parte de los Apeninos tosco-emilianos. Cuando los longobardos dieron en llamarse francos, el Camino que a través de este puerto enlazaba con Pavía cobró una importancia todavía mayor y pasó a llamarse Vía Francígena o *stratam Francigenam*, ya que era, según la interpretación de Renato Stopani, “*strada originata dalla Francia, termine geografico, quest’ultimo, che nella normale accezione medievale includeva, oltre all’odierna regione francese, anche l’antica «Lotaringia», cioè l’asse renano sino ai Paesi Bassi*”<sup>17</sup>.

Qué parte de los peregrinos que iban y regresaban de Roma utilizaban dicho paso está testimoniada documentalmente a partir del siglo X, una época casi contempo-

13 Cfr. VÁZQUEZ DE PARGA, L., “Itinerarios y relatos de viajeros”, en VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J.M.; URÍA RIU, J., *Las peregrinaciones a Santiago*, t. I, Madrid, 1948, p. 201-245.

14 Cfr. para todas las indicaciones de viaje que se proporcionan aquí: OURSEL R., *La via Lattea. I luoghi, la vita, la fede dei pellegrini di Compostella*, Milán, 1985, p. 26 y ss. y 311 y ss.

15 La expresión está tratada por FONTANA, B., *Itinerario o vero viaggio da Venetia a Roma [...] seguendo poi per ordine di Roma fino a santo Iacobo in Galitia...*, Venecia, 1550; también en FUCELLI, A., *L’itinerario di Bartolomeo Fontana*, Perugia, 1987, p. 69-130.

16 Cfr. *Historia Longobardorum*, VII, 58, “*Quadragesimorum tempore per Alpem Bardonis Tusciam ingressus*”.

17 Cfr. STOPANI, R., *La Via Francigena. Una strada europea nell’Italia del Medioevo*, Florencia, 1995, p. 14.

ránea a la peregrinación directa a Compostela organizada por el obispo Gotescalco desde Le Puy<sup>18</sup>.

También recorrían la *stratam Francigenam*, como es sabido, peregrinos del Centro y del Sur de Italia que se dirigían por tierra al santuario de Santiago en España y llegaban hasta las ciudades de Pavía o Piacenza. Una vez reunidos allí, debían decidir qué Camino tomar antes de superar una nueva y más difícil prueba<sup>19</sup>: el paso de los Alpes.

Desde el Piamonte y el Valle de Aosta, las calzadas romanas que conducían hacia la Galia serpenteaban a lo largo del Dora Baltea y del Dora Riparia<sup>20</sup>.

La primera ascendía desde Pavía y, a través de Novara, Vercelli e Ivrea, llegaba a Aosta; aquí se dividía en dos ramales hacia los dos puertos. Uno de los dos salvaba el Pequeño San Bernardo y moría en Tarantasia, mientras que el otro, a través del Gran San Bernardo, llegaba a Martigny y se dirigía a Lyon.

La segunda calzada, la que bordeaba el río Dora Riparia, unía Turín con Susa y desde allí se dividía a modo de horca. El ramal más transitado en la antigüedad pasaba por Oulx, Cesana y, a través del Monginevro, descendía a Briançon y llegaba a Embrun<sup>21</sup>.

Una segunda ramificación, que empezó a ser muy transitada a partir de la época carolingia, pasaba por la abadía de Novalesca, iba hasta el puerto de Moncenisio y, desde aquí, se encaminaba a Lanslebourg y el valle de Maurienne. Este último, si bien ya se franqueaba anteriormente como alternativa al Gran San Bernardo, se convirtió, a partir de los siglos XI y XII, en el Camino Occidental más importante de entrada y salida de Italia<sup>22</sup>.

El sentimiento experimentado por los peregrinos ante las cumbres que debían superar no habría de ser muy diferente a lo que nos transmite el texto de la *Chanson de Roland*, del siglo XI, cuando habla de los soldados del emperador Carlomagno que van en marcha hacia los Pirineos; es decir, una mezcla de pasmo y de miedo. "*Halt sunt li pui e li val tenebrus*"<sup>23</sup>, que enseguida se convertía en *grant dulur*.

Nos dan fe de este sentimiento las cartas de uno de los hombres más instruidos y tal vez más imperturbables de su tiempo, Pedro el Venerable, abad de Cluny<sup>24</sup>, quien, encontrándose en circunstancias semejantes, plasmó en una página sus impresiones.

El famoso abad cluniacense, cuando en 1136 les escribió a sus hermanos para anunciarles la muerte de su madre, les recordaba el consuelo que ofrece constantemente Nuestra Señora, incluso en los momentos más difíciles de la existencia, utilizando una imagen importante: "*Quando passavi in Bretagna, quando entravi in Ita-*

18 Cfr. VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J. M.; URÍA RIU, J., *Las peregrinaciones...*, op.cit., t. I, p. 41 y 42.

19 Cfr. CAUCCI VON SAUCKEN, P., *Guida del pellegrino di Santiago. Libro quinto del Codex Calixtinus seculo XII*, Milán, 1989, p. 24 y ss.

20 Cfr. PICCAT, M., "I primi pellegrinaggi piemontesi a Santiago", en *Compostellanum*, XLIV, n. 3-4, 1999, p. 417-443.

21 Cfr. STOPANI R., *La Via...*, op. cit., p. 26.

22 Cfr. DONNA D'OLDENICO, G., "Origine e aspetti dell'assistenza ospedaliera in Piemonte", en *Atti del primo congresso italiano di Storia Ospedaliera*, Reggio Emilia, 1956, p. 1-29.

23 Cfr. SHORT, I. (ed.), *La Chanson de Roland*, París, 1990, versos 814 y ss.

24 Para todas las referencias a las vicisitudes del viaje de los abades de Cluny, cfr. OURSEL, R., *La via Lattea...*, op. cit., p. 311-345.

*lia, quando ti recavi a Roma, ella navigava al tuo fianco: vincevi le orribili vette, “orrenda cacumina”, delle Alpi e degli Appennini. In tutti i gravi pericoli restava instancabilmente al tuo fianco...”.*

En otra carta dirigida a san Bernardo (1151-1152), encontramos la narración de las mismas circunstancias y reencontramos una alusión a la necesidad de protección celestial: *“Ciò che appariva complicato si è trasformato in una linea retta, le asperità sono diventate pianure. Anche le Alpi e i loro ghiacciai, anche le rocce condannate alle nevi eterne ci hanno permesso di dimenticare quasi completamente il loro antico orrore”.*

Y así, en otra carta dirigida esta vez a Basilio, prior de la Chartreuse, el mismo Pedro le confiaba que durante sus viajes a Italia se sentía como aquel que es llevado al patíbulo debido al gran pavor que le inspiraba la montaña.

Tampoco quien se preparara para el viaje llevando la ayuda de animales o de otros hombres debía de percibir esta situación en modo muy distinto.

Hugo de Semur, a finales del siglo XI, otro célebre abad de Cluny, de camino a Roma y cruzando el Monginevro, se vio sorprendido por un desagradable accidente. Su mula, en un paso delicado de los Alpes, empezó a patinar tras un movimiento brusco y consiguió sostenerse sobre el precipicio gracias tan sólo a sus patas posteriores. La afortunada recuperación del animal y de su ilustre carga entró pronto en los lugares comunes de lo “prodigioso”.

El otro abad llamado Oddone tuvo en el siglo anterior una aventura similar. Cuando regresaba de Roma a Cluny a través del puerto del Moncenisio<sup>25</sup>, vivió una vicisitud semejante. En cuanto llegó al paso, lo encontró completamente cubierto de nieve. Corrió entonces a solicitar el socorro de los *Marrons*, los habitantes de Lanslebourg que tenían por oficio escoltar con trineos a las personas que viajaban hasta su país. Por desgracia para el abad, en el transcurso del viaje su caballo tropezó y se precipitó al abismo. Viéndose caer en la sima, Oddone alzó sus brazos al cielo y se encontró milagrosamente apoyado en un árbol que se había materializado de repente. Después de verse a salvo, ni del árbol ni del caballo se volvió a encontrar rastro<sup>26</sup>.

El ascenso a los puertos era aún más difícil debido a la presencia de grupos de infelices que intentaban la aventura y morían a menudo de sed y de penurias. Los detalles particulares los podemos encontrar en las relaciones de los viajes del citado abad Oddone y de su sucesor Odilone; este último, por ejemplo, cuando subía hacia

25 Cfr. DONNA D'OLDENICO, G., *L'Ospizio del Moncenisio alla luce di documenti inediti dell'Archivio Vescovile di Torino, breve contributo alla storia dell'organizzazione ospedaliera sull'antica strada di Francia da Torino al Moncenisio*, Ciriè, 1961.

26 Esta astucia se constata en muchas ocasiones; la encontramos también en la relación más tardía de un peregrino de Brescia: *“et de poy a sera parte calando, notarai che vilani stano conzano et menano abasso la zente per meza parpayola per homo, et alcuni per uno quarto [...] ben se po anchor andar a pede continuamente, ma per lo apiazer de ditto stremazar, quasi tutti se fano tirar”*; GUERRINI, P. (ed.), “Relazione di un pellegrinaggio bresciano verso S. Giacomo di Compostella nel 1523”, en *Miscellanea di studi storici in onore di Giovanni Sforza*, Lucca, 1917, p. 606-609.

el Gran San Bernardo, acudiendo en socorro del cortejo de los pobres famélicos que trataban de escalarlo, mandó repartirles todo el vino que llevaba; al día siguiente encontró, milagrosamente, todos los odres llenos hasta arriba.

Por otro lado, las montañas eran lugares donde los peregrinos y los viandantes<sup>27</sup> se veían, frecuentemente, asaltados por ladrones; malhechores cristianos<sup>28</sup> o árabes que, a menudo, establecían en ellas su refugio.

Es bien conocida la narración del mismo abad Oddone que acabamos de citar referente a cuándo fue asaltado por cuarenta bandoleros, siempre en este mismo paso de los Alpes; asalto del que salió completamente ileso<sup>29</sup>.

Para afrontar estos peligros y aliviar otras fatigas, algunas órdenes religiosas abrieron asilos y albergues en lugares señalados, como los benedictinos y los canónigos regulares de San Agustín en el Este Pirenaico y más tarde en Oulx; los cluniacenses, directamente en el Camino de Santiago a San Juan de la Peña, un descendiente de Pedro el Venerable, en el monte Pirchirano (Sagra di San Michele) y otros muchos.

Pero, volviendo a nuestro discurso, estos temores, probablemente atávicos y debidos al desconocimiento de la montaña, llevaban asociados en la época medieval la connotación de una presencia diabólica contra la cual muchos justos tuvieron que combatir sin descanso.

En este sentido, se extendió pronto por toda Europa la creencia referente a la lucha victoriosa entre Bernardo, archidiácono de Aosta, muerto en 1081, y los demonios de la montaña y del puerto correspondiente, que después recibió el nombre de Gran San Bernardo.

La leyenda, que las iconografías populares contribuyeron a difundir exhaustivamente, relacionaba esa cumbre con el relato del encadenamiento del demonio en persona a la vetusta columna colocada en el pico del antiguo *Mons Iovis*, desde donde decían que se oía, en las noches de tormenta, un aullido bestial que representaba el lamento eterno del señor del infierno. Para alivio de los caminantes y gracias a sus múltiples plegarias, se decía que el santo archidiácono había fundado los albergues que llevaban su nombre. El lugar constituía –también para los peregrinos a Santiago, italianos y franceses en particular– un punto de atracción excepcional, además de un paso casi obligado.

La Guía del peregrino a Santiago, en el Libro V del *Códice Calixtino*, cuando cita “tres grandes albergues en el mundo”, menciona no por casualidad el de Mont Joux junto

27 Cfr. FERNÁNDEZ ALBOR, A., “La delincuencia en el Camino de Santiago en la Edad Media”, en SCALIA, G. (dir.), *Il pellegrinaggio a Santiago de Compostela e la Letteratura Jacopea. Atti del Convegno Internazionale di Studi, Perugia 23-25 settembre 1983*, Perugia, 1985, p. 127-134.

28 En tiempos mucho más cercanos a los nuestros, las crónicas continúan ofreciendo vicisitudes de particular dramatismo, vividas en las cimas o en sus proximidades, en detrimento de los peregrinos y de los caminantes, como la de la hospitalidad negada en un albergue a ocho peregrinos encontrados muertos por el frío en Moncenisio, en enero de 1967. Cfr. “Mont Cenis, janvier 1679, l'ultime voyage”, en *Chemins de Compostelle*, n. 10, 1996, p. 11-20. Tras encontrar los cadáveres, el Senado de Saboya ordenó que se llevase a cabo una exhaustiva investigación.

29 Cfr. para las referencias a la abadía de Cluny, OURSEL, R., *La via Lattea...*, op. cit., p. 311-345.

con los similares de Jerusalén y de Santa Cristina en el puerto de Somport: *“Hec sunt hospitalia in locis necessariis posita, loca sancta, domus Dei, refectio sanctorum peregrinorum, requies egentium, consolacio infirmorum, salus mortuorum, subsidium vivorum. Hec igitur loca sacrosanta quicumque edificaverit, procul dubio regnum Dei possidebit”*<sup>30</sup>.

En *El Misterio de San Bernardo de Menthon*, texto conservado en una copia del siglo XV, se sitúa el contexto cultural de referencia de la sugestiva leyenda con la aventura de un grupo de peregrinos franceses que, de camino a Roma, decidieron detenerse para comer en el *“hostel du Bourg Saint Pierre”*, última parada antes de llegar al montículo del Gran San Bernardo<sup>31</sup>.

Estos, *“au bourg Saint- Pierre, au pied du Mont-Joux”*, después de pedir *“bon vim [...] bon pain”*, alimentos típicos de las buenas regiones montañosas, así como poder catar el vino *muscadel* mejor que el tinto *“de Vales”*<sup>32</sup>, se dirigieron con las debidas precauciones, *“chascum de nous se mecte [en] cure/ de chiminer legieremant”*<sup>33</sup>. Mientras tanto, los demonios, reunidos en torno a la columna de Júpiter, erguida en la cima del monte, en el lugar previsto *“au sommet du Mont-Joux”*, decidían la estrategia del asalto.

*“Adont doibent monter les monts, et les dyables dedans l’ydole appellent. Jupiter, au plus hault du mont, avesques les autres dyables, leur dist”*, precipitándose sobre el grupo durante la ascensión.

Terminadas sus penalidades y ya reunidos *“à Saint-Remi, derrière le Mont-Joux”*, cuando el jefe del grupo les preguntó cómo se encontraba cada uno:

*“Las! compaignons, je vous demande,  
Comment vous va, mes chiers amis ?”*<sup>34</sup>,

las frases que se formulan en el diálogo que media entre ellos dan cuenta de la pavorosa situación que acababan de vivir. Tras la gran tormenta que los aisló y les hizo sufrir tanto, los peregrinos descubrieron el trágico suceso:

*“Le Ite pelerin.  
J’ay cuidiez aragier tout vif;  
Oncques ne fu esbahis...”*

[...]

*Le tiers pelerin.  
Hélas! Que j’ay paour aussi!  
Je ne sçavoie plus mot sonner.*

30 Cfr. “De tribus Hospitalibus Cosmi”, en HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 237.

31 Cfr. LECOY DE LA MARCHÉ, A., *Le Mystère de S. Bernars de Menthon*, París, MDCCCLXXXVIII.

32 Vino de Sion a Valais.

33 Cfr. LECOY DE LA MARCHÉ, A., *Le Mystère...*, op. cit., p. 36-40.

34 Cfr. *idem*, p. 46-50.

*Le IIII pelerin.*

*Oncques n'oy ainsi tonner;*

*J'en suis encore perdus.*

*Le V pelerin.*

*Sommes tous trestous descendus?*

*Or contons se nous sommes dix.*

*Le VI pelerin.*

*Demourés est le plus hardi*

*De nous, car il ne cy pas.*

*Le XII pelerin.*

*Il a esté pris au trapas,*

*Car je l'ay bien senty crier.*

*Le VIII pelerin.*

*Encore me convient trembler*

*Par force de la grant paour.*

*Le IX pelerin.*

*Je ne sçay s'il est nuit, ou jour;*

*Ainsi sui je tous esperdu.*

*Le povre homme si fu perdu*

*Et pris tout au plus près de moy.*

*Le premier pelerin.*

*Le plus gailliant home, je croy,*

*Qui fust en tout nostre pais.*

*Riens ne doubtoit, tant fust hardi,*

*Veés vous que c'est la grant pitié.*

*Le II pelerin.*

*Begni soit Dieu quant eschapé*

*Sont ly aultre Il n'ya remede,*

*Prions tous a Dieu qu'il nous aide*

*Et nous conduie en bon hostel...”.*

Y llegando a Aosta, todos juntos se precipitaron a pedir el auxilio del obispo, explicándole brevemente su aventura<sup>35</sup>:

---

35 Cfr. *idem*, p. 114-116.

*“Mon chier seigneur, en bonne foy,  
 Nous par ce mont passés,  
 ou avons eu de mal assés.  
 Ne savons qu’il est devenu  
 Ung compaignon a nous perdu.  
 La habitent faulx esperitz,  
 De nature humaine ennemis;  
 Et je croy qu’en este cité  
 Vous estes gens d’autoricté:  
 Mettés vous en de vocion,  
 A tout la crois et confacion,  
 Et alés ce dyable destruire”.*

A su regreso de la peregrinación romana, los mismos se presentaron ante el obispo:

*Mon seigneur, vous sovient’il plus  
 Commant nous fusme malmené  
 A mon Jou, ou fust estranglez  
 L’ung de nous gent, le plus vaillant?,*

Y reclamaron de nuevo su intervención directa:

*“C’est petié de passer pour la.  
 Retrecté vous ung pou en la.  
 J’em parleray a mon chapitre”.*

Este expediente, no obstante, se demostró ineficaz para resolver el problema. Tan sólo la intervención de san Bernardo<sup>36</sup>, situado a la cabeza de los caminantes que marchaban hacia el puerto, y sus incisivas palabras lograron por fin liberar los lugares y conseguir la eterna prisión del maligno en la desafortunada columna:

*“Comandement vous fait a tous,  
 De part Dieu, qui est tout puissant,  
 Que ne touchiés ne po ne grant  
 Les compaignion laissez passer.  
 Perdu avés vostrte viertus.  
 Rendé vous; ne poé fuyr”.*

Desde entonces, el *Mons Iovis* pasó a formar parte de las montañas seguras.

---

36 Cfr. *ídem*, p. 130 y 131.

Así, de este modo, se pueden comprender los itinerarios descritos en los diarios de los peregrinos que encaminaban sus pasos en dirección a Moncenisio: ellos nos devuelven el sentimiento de miedo, de preocupación y nerviosismo que debía de infundirles la visión de la gran ascensión hasta las montañas y la necesidad que tenían de refugiarse en lugares tutelados, aunque fueran diferentes del trayecto seguido tradicionalmente.

En el texto publicado por Mario Damonte y escrito por un peregrino de finales del Quattrocento en el viaje de Florencia a Santiago, se describe cómo se aproximó al valle de Susa y cómo lo cruzó. Aquí, el recorrido habitual del trayecto, de ciudad en ciudad, procede primero con regularidad: “*Moncholieri*<sup>37</sup> *un bello castello in poggio; passasi per drento ed è molto dovizioso; e nel duomo, cioè in chiesa, ècci il corpo del beato Bernardo; fa molti miracoli. Richoli*<sup>38</sup>, *uno castello in ispiaggia; passasi per drento. Sancto Antonio della Aversa*<sup>39</sup>, *una bella chiesa ed è in fortezza; qui si dà mangiare a chi vuole sendo pellegrino. Vigliano*<sup>40</sup> *un bello castello in poggio, passasi per drento, ècci buone hosterie. Una villa, chiamasi Sancto Antonio*<sup>41</sup>; *sono parecchi chase e osterie. Bossolino*<sup>42</sup>, *un bello castello, passasi per drento; assai hosterie e buone; et allato passa el Po*<sup>43</sup>. *Susa una terra grande, assai hosterie*”.

Luego se verá sometido a una prueba todavía más difícil con “*Novales*<sup>44</sup>, *una bella villa a piè del monte*” y, por fin, “*Cominciassi a salire la montagna del Monsanese*”<sup>45</sup>.

En otro itinerario de finales del Quattrocento, publicado por Renato Delfiol a propósito del mismo trayecto, pero con un estilo diferente, volvemos a encontrar la misma impresión con nuevos detalles. Entra aquí en juego la alusión a los peligros de los pasajes y de las condiciones climáticas. Primero se repite la lista de los lugares:

<i>“Da Asti a Chieri</i>	<i>m. XVII</i>
<i>Da Chieri a Moncheri</i> <sup>46</sup>	<i>m. V</i>
<i>Da Monchieri a Rigoli</i> <sup>47</sup>	<i>m. VII</i>
<i>(delle loro che sono miglie dieci delle nostre).</i>	
<i>Da Rigoli a due miglia discosto si truova una chiesa di santo Antonio richa et ivi si dà bere; e poi si trova Vigliano che vi è Santo Antonio</i>	<i>m. III</i>

37 Moncalieri.

38 Rivoli.

39 Santo Antonio di Ranverso.

40 Avigliana.

41 Sant'Antonino di Susa.

42 Bussoleno.

43 Dora Riparia.

44 Novalesa.

45 O Moncenisio. Cfr. DAMONTE, M., “Da Firenze a Santiago di Compostella: itinerario di un anonimo pellegrino nell'anno 1477”, en *Studi Medievali*, XIII, 1972, f. 2, p. 1043-1049.

46 Moncalieri.

47 Rivoli.

*D'Avigliana a una bella villa che si chiama Sto. Antonio*<sup>48</sup> m. V  
*Da decta villa di santo Antonio da Susa et in questo mezo*  
*è una buona villa*". m. X

A continuación sigue la descripción del efecto producido por el conjunto montañoso:

*"Da Susa alla Ferriera*<sup>49</sup> *ch'è cominciamento di Monsanese a Susa*<sup>50</sup> m. X  
*Dalla Ferriera passamo Monsanese e andamo a una villa.che si chiama [...]*  
*e passamo più ville e andamo miglia trenta*".

El breve comentario sobre la presencia en el monte de un cementerio de caminantes y peregrinos sepultado en la nieve implica una recomendación: *"E in sul Monsanese si truova quello carnaio de morti che si truovano nella neve; et vuolsi guardare a passare con buon tempo"*<sup>51</sup>.

De nuevo, la nieve apilada alrededor de la gran Cruz colocada en la cima de la montaña es observada con preocupación evidente en el relato, publicado por Paolo Guerrini, de una peregrinación más tardía con origen en Brescia<sup>52</sup>:

*"Da poi a Novalesa qual è la prima terra ch'è dal pè del monte senese [...]* et tra Novalesa et Ferrera se passa el fiume Nischa<sup>53</sup> et da poi ala gran Cruse, che dal principio del monte infino al colmo sono più de quattro milia grossi, et in cima de ditta montagna se camina circa doy ligi continuamente per neve, qual era alta et sopra ditta neve caminando qual monte se chiama lo monte senese, et in cima de ditto monte è un lago qual mai non fu pesso et è longo circa milia quatroy et è al colmo dela ditta montagna la gran Cruce".

Tras el ascenso a tantas montañas, donde el motivo del sufrimiento parece ser predominante, se alzaba para los peregrinos jacobeos, siempre según el texto de la antigua Guía del peregrino del *Códice Calixtino*, una montaña distinta, la primera que los introducía directamente en el único y auténtico Camino de Santiago.

Así que entraban en la Vía Tolosana, a lo largo del trayecto que conducía desde Arlès a las regiones españolas, recorrido en su mayoría por peregrinos italianos, el primer encuentro importante con la montaña tenía lugar en los Pirineos, con el monte, y puerto correspondiente, de Cize; y era un encuentro sin duda alguna especial.

La Guía del peregrino del *Códice Calixtino*, que normalmente se preocupa poco por facilitar estos detalles, presenta en este caso una particular excepción que nos permite

48 Santo Antonio di Ranverso.

49 Ferrera Cenisio.

50 O Moncenisio.

51 Cfr. DELFIOL, R., "Un altro itinerario tardo-quattrocentesco da Firenze a Santiago di Compostella", *Archivio Storico Italiano*, 1979, p. 603.

52 Cfr., GUERRINI, P., "Relazione di un pellegrinaggio bresciano", *Miscellanea di Studi Storici in onore di Giovanni Sforza*, 1920, p. 608-609.

53 Cenischia.

captar su significado: “*In terra etiam Basclorum, via Sancti Iacobi, est excellentissimus mons quod dicitur Portus Cisere, aut quia porta Yspanie ibi habetur, aut quia per illum montem res necessarie de alia terra ad aliam transportantur*”<sup>54</sup>.

El superlativo *excellentissimus*, de *excellens*, que significa sobresaliente, que excede de la talla de otro, denota que esta altura era un lugar único y ejemplar que se ofrecía a la atención de los peregrinos.

Esta particular relevancia que aquí se sugiere también asoma en el texto con el curioso destacado etimológico que se ofrece. El nombre, se dice, se explica porque el monte es “*puerta de España*”, o “*lugar a través del cual transportan las cosas útiles*”, *portam transporta(re)*, lo que viene a significar que este monte constituía para los peregrinos el lugar escogido como entrada y salida de los caminos en España.

Si, de hecho, las primeras indicaciones se parecen mucho a otras proporcionadas anteriormente, del tipo “*Cuius ascensus octo miliaris et descensus similiter octo habetur*”, de repente, el discurso se modifica en consideración a una inédita frontera celeste: “*Sublimitas nacque eius tanta est, quod visa est usque ad celum tangere, cuius ascensori visum est propria manu celum posse palpitari; de cuius fastigio potest videri mare Britannicum et occidental e et hora etiam trium regionum, scilicet Castelle, et Aragoni et Gallie*”.

Con estas frases el autor marca, por así decirlo, el paso al segundo momento de lo que se ha descrito como el nivel absoluto de *shock*<sup>55</sup> de los viajeros medievales: la sublimación épica de la majestuosidad<sup>56</sup>.

El nivel supremo del momento no es presentado en el texto de la Guía del *Códice Calixtino* como un pormenor en absoluto secundario, sino que constituirá un recuerdo indeleble en el espíritu de cada persona, haciéndole sentir de repente próximo a Dios y al santo protector del Camino, y revelando al mismo tiempo la esencia de una auténtica montaña iluminada.

Efectivamente, el texto recuerda en este punto a un peregrino celeberrimo, el emperador Carlomagno, que se vio forzado, como primer descubridor de una senda en la montaña, a abrir un paso buscando el terreno más seguro y, una vez que llegó a la cima, clavó prestamente en la tierra la cruz mientras elevaba una oración al Creador y a Santiago: “*In sumitate vero eiusdem montis est locus quod dicitur Crux Caroli, quia super illum, securibus et dolabris et fossoriis ceterisque manubriis, Karolus [...] in Yspaniam pergens,*

54 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 239.

55 Cfr. para el efecto *shock*, OURSEL, R., *La via Lattea...*, op. cit., p. 316 y ss.

56 Recíprocamente, el autor testimonia aquí su deuda con la literatura odepórica cristiana de los orígenes, en particular con el *Itinerarium (Peregrinatio) Egeriae (Etheriae)*, relato de una peregrinación a Tierra Santa. También en este texto, que se remonta a principios del siglo V, encontramos la descripción del ascenso a una montaña única, el Sinaí, que parece reducir la cadena de los “*excelsos*” montes del entorno visibles a simple vista a meros cerros: “*Mons autem ipse per giro quidam unus esse videtur; intus autem ipse per giro quidam unus esse videtur; intus autem quod ingrederis plures unt, de totus mons Dei appellatur [...]. Et cum hi omnes, qui per girum sunt, tam excelsi sint, quam numquam e tuto vidisse, ipse ille medianus, in quo descendit maietas Dei, tanto altior est omnibus illis, ut, cum subissemus in illo, prorsus toti illi montes, quo excelsos videramus, infra nos essent, ac si colluculi permodici essent*”; cfr. para el texto conservado en un manuscrito del siglo XI, SPITZER, L., “The Epic Style of the Pilgrim Aetherie”, en *Comparative Literature*, t. I, 1949, p. 225-258.

*olim tramitem fecit signumque Dominice crucis prius in eo oravit et tandem, flexis genibus, versus Galleciam Deo et Sancto Iacobo precem fudit*<sup>57</sup>.

La imagen, elaborada en una época contemporánea al proceso de canonización por parte del círculo federiciano del clero de Aix La Chapelle en 1165<sup>58</sup>, constituía un precedente único que se ofrecía a la atención de los nuevos peregrinos, pero era sobre *Stat crux* donde el vínculo entre lo divino y el monte de Cize se hacía evidente.

La oración, nuevo valor propuesto por el lugar e iniciada en los confines de España, venía a ser así, de modo todavía más firme, el vínculo con el santo, transformando, a ejemplo de Carlomagno, la montaña de Cize en el primer santuario europeo y jacobeo a la vez, pero no el único. De hecho, la Guía del *Códice Calixtino* terminaba este fragmento presentando un ulterior e inédito comentario, antes de toda una serie de gestos que acompañarían al viandante en el largo viaje al destino final: *“Quapropter peregrini, genua sua ibi curvantes versus Sancti Iacobi patriam, ex more orant et singuli singula vexilla Dominice crucis infigunt. Mille etiam crucis ibi possunt inveniri”*, y también *“unde primis locus orationis Sancti Iacobi ibi habetur”*<sup>59</sup>.

A propósito de las “conchitas” que llevaban los peregrinos a su regreso de Compostela, tenemos una noticia posterior en el texto de uno de los milagros<sup>60</sup> atribuidos al papa Calixto y narrados en el III Libro del mismo *Códice Calixtino*. En 1106, *in Apullie*, un soldado que padecía una grave enfermedad de garganta, desesperado por encontrar un remedio que le curase, solicitó la ayuda de Santiago. El santo le comunicó que *“si invire posset aliquam crusillam quam a sancto Iacobo peregrini redientes secum deferre solent et ex ea propriam gulam infirmam tangeret, statim remedium haberet”*<sup>61</sup>. Se puso en contacto inmediatamente con un peregrino *“tetigit ad gulam et sanatur”* antes de emprender su regreso, ya curado, a la peregrinación ansiada, *“et inde ad beati Iacobi limina in Galleciam profiscitur”*.

Pero, volviendo de nuevo al fragmento de la Guía del *Códice Calixtino*, el autor precisa una vez más cómo, hasta en la montaña iluminada por la excelencia, pueden existir espacios con sombras inquietantes: *“Navarri impii et Bascli: In eodem monte, antequam Christianitas in horis yspanicis ad plenum augmentaretur, Navarri impii et Bascli peregrinos ad Sanctum Iacobum pergentes non solum depredari, verum etiam ut asinos equitare et perimere solebant”*<sup>62</sup>.

57 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 239.

58 Cfr. MORISSEY, R., *L'empereur à la barbe fleurie, Charlemagne dans la mythologie et l'histoire de France*, París 1987, p. 102 y ss.

59 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 239. Por primera vez en el texto, el caminante a Santiago se convierte en peregrino que reza y deja señales particulares: abandonada la apariencia de viajero, el individuo se vuelve, detrás y dentro de la imagen de Carlomagno, buscador y testigo del mensaje del Apóstol. Por primera vez, la montaña, lugar de sufrimiento y prueba, se convierte en metáfora de la luz.

60 Cfr. HERBERS K., “The Miracles of St. James”, en WILLIAMS, J.; STONES, A. (ed.), *The Codex Calixtinus and the Shrine of St. James Jakobus Studien*, 3, Tübingen, 1992, p. 11-36.

61 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 169.

62 Cfr. *idem*, p. 239 y 240.

En tales circunstancias, el autor dirige sus pensamientos a los peregrinos menos valerosos y presenta una variante al trayecto seguido, si bien manteniendo de forma insistente el recuerdo de la tradición carolingia<sup>63</sup>: de hecho, el valle que se sugiere como alternativa recibe el nombre de Valcarlos: “*Iuxta vero montem illum versus scilicet septentrionem, est vallis que dicitur Vallis Karoli in qua hospitatus fuit idem Karolus cum suis exercitibus auando pugnatores in Runciavalle occisi fuere; per quam etiam multi peregrini ad Sanctum Iacobum tendentes transeunt, nolentes montem ascendere*”<sup>64</sup>.

Paralelamente, en este caso, la santificación de los lugares se consigue mezclando hábilmente el recuerdo del sacrificio de Roland y de los suyos en Roncesvalles con la presencia de la capilla y del albergue para los peregrinos: “*Postea vero in descensione eiusdem montis, inuenitur hospitale et ecclesia in qua est petronus quem Rotolandus hero potentissimus, spata sua, a summo usque deorsum, per medium trino ictu scidit. Deinde inuenitur Runciavallis, locus scilicet, quo belum magnum olim fuit factum in quo rex Marsirus et Rotolandus et Oliverus et alii pugnatores cum XL milibus Christianorum simul et Sarracenorum occisi fuere*”<sup>65</sup>.

Por otro lado, la Guía del *Códice Calixtino* construye también sus recorridos partiendo de las posibles visitas<sup>66</sup> a los cuerpos de los santos cuyas lecciones morales, de vida o de enseñanza, se consideraba que podían atraer el interés y la participación del público<sup>67</sup>. De este modo, en memoria del antiguo sacrificio de Roncesvalles, aquellos que deseaban ser acogidos en el albergue o tomar parte en las oraciones ofrecidas en la capilla por tantos posibles compañeros de viaje, podían ver cumplido fácilmente su deseo.

Iniciado así el lento recorrido del trayecto en tierras de España, el redactor de la Guía del *Códice Calixtino*, con un breve gesto, vuelve a representar el ambiente montañoso; sólo cuando el peregrino se encuentra ya en tierras de Galicia, con una

63 Cfr. LÓPEZ MARTÍNEZ-MORÁS, S., *Épica y Camino de Santiago, en torno al Pseudo Turpín*, A Coruña, 2002, p. 101 y ss.

64 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 240.

65 Cfr. *idem*, p. 240.

66 Cfr. DÍAZ Y DÍAZ, M.C., “Santos en los Caminos”, en CAUCCI VON SAUCKEN, P. (dir.), *Visitandum est...*, op.cit., p. 117-128; COSTANTINI D., “Los Santos Militares del Codex Calixtinus, V, VIII: Legenda y Tradición”, en CAUCCI VON SAUCKEN, P. (dir.), *Visitandum est...*, op.cit., p. 107-116.

67 En este ámbito, el fin del héroe se narra del mismo modo que el de los santos mártires citados y, de la misma manera, se presenta su cuerno como reliquia digna de ser visitada: “*Hic tanta fortitudine repletus fuit, quo petronum quemdam, ut fertur, in Runciavalle a summo usque deorsum sua framea per medium, trino ictu scilicet, scidit, et tubam sonando, oris sui vento similiter per medium divisit. Tuba vero eburnea scilicet scissa apud Burdegalem urbem, in basilica beati Severini habetur, et super petronum in Runciavalle quidam ecclesia fabricatur*”. Asimismo, está indicada la sepultura del cadáver del “beato” Roland para que los peregrinos puedan hacer allí el alto debido: “*Deinde apud Blavium in marittima, beati Romani presidia pretenda sunt, in cuius basilica requiescit corpus beati Rotolandi martiris, qui, cum esset genere nobilis, comes scilicet Karoli magni regis, de numero XIIIim pugnatorum ad expugnandas gentes perfidas zelo fidei septus, Yspaniam ingressus est*”; cfr. HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 250. El mismo ámbito cultural es recordado por el redactor de la Guía también para los amigos de Roland, muertos con él en Roncesvalles y ya citados. En concreto: “*Item in landis Burdegalesibus, villa que dicitur Belinus, visitando sunt corpora sanctorum martirum Oliveri, Gandelbodi regis Frisie, Otgerii regis Dacie, Arastagni regis [...] et aliorum plurimorum scilicet Karoli magni pugnatorum qui, devictis exercitibus paganorum, in Yspania trucidati pro Christi fide fuere. Quorum preciosa corpora usque ad Belinum socii illorum detulerunt, et ibi studiosissime sepelierunt. Iacent enim omnes una in uno tumulo, exquo suavissimus odor flagrat, unde coliniti sanantur*”; uno de los signos más patentes de manifestación pública de santidad. Cfr. *ibidem*, p. 250.

referencia importante, ejemplificada en el monte de Cize: “*Inde est Orbega, inde urbs Osturga, inde Raphanellus, qui captivus cognominatus est, inde hortus montis Yraci, inde Siccamolina, inde Pons Ferratus, inde Carcavellus, inde Villafranca de bucca vallis Carceria, inde castrum Sarracenicum, inde villa Us, inde hortus montis Februarii, inde hospitale in cacumine eiudem montis*”<sup>68</sup>.

El lugar de refugio de O Cebreiro<sup>69</sup>, *montis Februarii*, otro sitio singular en la memoria de los peregrinos, cuyo recuerdo vendrá a enraizarse posteriormente con el milagro eucarístico de 1300, aparece citado con la importante señalización de la presencia del albergue, prueba de una nueva santificación del lugar que, por otro lado, se ve reforzada con una nueva indicación: “*Inde Triacastella, in pede scilicet eiusdem montis in Gallecia, ubi peregrini accipiunt petram et secum deferunt usque ad Castaniollam ad faciendam calcem ad hopus basilice apostolice*”<sup>70</sup>.

En Castañeda, preparaban la cal que se utilizaba para los trabajos de construcción de la gran basílica de Santiago. Los peregrinos llevaban, en cumplimiento de su devoción, piedras calizas que recogían en Triacastela, casi como último rito propedéutico al final del viaje.

El peregrino, fortificado en las adversidades del viaje, se sentía miembro, próximo ya al fin de sus fatigas, de la nueva *societas* de la que ahora formaba parte y demostraba, transportando voluntariamente las piedras, que quería entrar directamente en la casa de su nuevo Señor, que era ya ahora su familiar compañero. El transcurso del viaje no había sido fácil y la suerte de llegar al destino tal vez no favoreciera a todos. Sin embargo, el apoyo del santo a lo largo de la vía de las estrellas había sido constante.

Nos puede valer como ejemplo la mención del famoso milagro atribuido en la antología del *Códice Calixtino* a Huberto de Besançon<sup>71</sup>. Hacia 1080, una treintena de tudescos habían emprendido camino hacia Santiago tras prometerse todos ellos, salvo uno, ayuda mutua en caso de necesidad. Cuando uno de los participantes en el viaje cayó enfermo, todos los demás, después de esperar quince días y estando muy próximos al puerto de Cize, quisieron proseguir su Camino, con la única excepción de aquel que no había prometido nada. Los dos, el enfermo y su guardián, pasaron la noche solos “*ad pedem prefati montis*”, confiando en que las circunstancias cambiasen al día siguiente. Cuando amaneció, el peregrino enfermo expresó su deseo de intentar la ascensión “*temptaret montem ascenderet*”, poniendo todas sus fuerzas en la empresa. Llegados “*ad montis fastigium*”, poco antes del atardecer, el enfermo murió en los brazos de su amigo, que se vio solo y asustado, velando “*tum loci solitudine, tum noctis caligine*” el cadáver.

Fue entonces cuando el Apóstol amado compareció “*quasi miles insidens equo*” y montó sobre el caballo tanto al muerto como al peregrino que seguía con vida. Atra-

68 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 236.

69 Cfr. URÍA RIU J., “Del Cebreiro a Portomarín”, en VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J. M.; URÍA RIU, J., *Las peregrinaciones...*, op. cit., t. II, p. 310 y ss.

70 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 236.

71 *Ídem*, p. 163.

vesando en el tiempo que dura una noche el espacio de un viaje de diez días, Santiago se detuvo a dejar al muerto “*in monte Gaudii, uno milliaro citra monasterium predicti apostoli*” y le pidió a su compañero que fuera a avisar de lo sucedido a los canónigos.

Este prodigio, que consiguió una notable difusión, también gracias a la ayuda de la fácil y tranquilizadora iconografía, nos conduce por intervención directa del Apóstol a la cima de la última montaña del largo itinerario, la más esperada y la más suspirada: la del *montem Gaudii*.

Como es bien sabido, el topónimo indica, no sólo en la tradición española, el lugar desde el que se puede atisbar por primera vez la meta última de la peregrinación: en nuestro caso, la gran basílica de Compostela<sup>72</sup>.

Para los peregrinos jacobeos, esta visión sigue, como ya dijimos, al último rito citado en la Guía del *Códice Calixtino*, el de cargar con las piedras desde Triacastela. El peregrino, que acaba de entrar en su nueva familia de adopción, puede participar con toda autoridad en la subida de su “Sinaí”, el monte desde el cual tendrá un anticipo exclusivo de la visión de la gran basílica que le espera, casi un reflejo de la Transfiguración evangélica que se le mostrará ilustrada en el gran pórtico: “*Porta occidentalis habens duos introitus, pulcritudine, magnitudine et operatione alias transcendit portas. Ipsa maior et pulcrior aliis habetur et mirabilis operatur, multisque gradibus deforis, columpnisque diversis marmoreis [...]. Cuius opera tanta sunt quia a nobis narrationibus comprehendere nequeunt. Sursus tamen Domenica transfiguratio qualiter in monte Thabor fuit facta, mirabiliter sculpsitur. Est enim Dominus ibi in nube candida, facie splendens ut sol, veste refulgens ut nix, et Pater desper loquens ad ipsum; et Moyses et Elias qui cum illo apparuerunt loquentes ei excessum que completurus erat in Iherusalem. Ibi vero beatus Iacobus est et Petrus et Iohannes quibus transfigurationem suam pre omnibus Dominus revelavit*”<sup>73</sup>.

El texto de la Guía del *Códice Calixtino* lo presenta simplemente como “*montem Gaudii*”, sin ninguna concesión a la descripción del lugar; lo cierto es que se encuentra demasiado cerca de la ciudad como para que el autor le dedique una atención particular, ya que se halla inmerso en la descripción de la ciudad del Apóstol. Sin embargo, el mismo *Códice Calixtino*, en el texto que acabamos de citar, dejaba ver que era éste un lugar privilegiado entre todos gracias a la aparición de Santiago, siempre dispuesto a defender a sus devotos y a conducirlos a puerto seguro, aunque éste sea la sepultura.

Igualmente le sucedió, según los Evangelios, al apóstol Santiago quien, cansado pero incapaz de dormir, había experimentado primero, en el momento de la Transfiguración de Cristo en el monte Tabor, una inmensa alegría: “¡Señor, qué bien estamos aquí!”, en las palabras de Pedro; después, un gran pavor ante la aparición de la gran nube divina que envolvía todo el lugar, y por último la serenidad recobrada al reconocer

72 Cfr. URÍA RIU, J., “De Portomarín a Santiago”, en VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J. M.; URÍA RIU, J., *Las peregrinaciones...*, op. cit., t. II, p. 351 y ss.

73 HERBERS, K.; SANTOS NOIA, M. (ed.), *Liber...*, op. cit., p. 254.

la voz y el rostro del Maestro; de igual modo, en el estado de ánimo de los peregrinos en el monte cuando al final de su viaje debían de mezclarse sensaciones contradictorias<sup>74</sup>.

De la conmoción que sentiría el caminante con la vista de la casa del Apóstol no hay obviamente ninguna alusión en la Guía del *Códice Calixtino*. Sin embargo, aparece explicitada en los relatos más tardíos de los viajes italianos; tomemos como ejemplo el de Domenico Laffi (Bologna, 1681): “*Partiti da questa fonte salimmo per spatio di mezza lega, giungendo in cima d’una montagnola che si chiama monte del Gaudio ove scoprimmo il sospirato e bramato san Giacomo, distante mezza lega circa; subito scopertolo, mettendoci in ginocchio e per grande allegrezza ci caddero dagl’occhi le lagrime e cominciammo a cantare il Te Deum, ma detti due o tre versetti e non più, che non potevamo pronuncia parole per la copia delle lagrime, che abbondanti ci scaturivanci dagl’occhi, con una tale compassione che il cuore legatoci, e li continui singhiozzi ci fecero trattenere dal canto, fintanto che, sfogati dal pianto, che poscia cessato, ritornassimo alla pronuncia del cominciato Te Deum e così, cantando, continuammo a discendere fintanto che, sfogati dal pianto, che poscia cessato, ritornassimo alla pronuncia del cominciato Te Deum e così, cantando, continuammo a discendere finché arrivammo nel borgo*”<sup>75</sup>; y un relato del siglo siguiente escrito por Nicola Albani, peregrino en 1743: “*Prima d’arrivar alla città circa miglia due, cominciai a scoprire campanili, subito mi genuflessi in terra, e per mille volte ne baciai la terra, scalzandomi a piedi nudi, cantando a Santa Litanía, frettoloso avanzavo*”. También en este caso el momento aparece subrayado por una conmoción y una alegría profundas<sup>76</sup>.

Un conocido verso de Antonio Machado recuerda: “*Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*”; así, de esta manera, queremos concluir, recordando que este dicho es válido en toda circunstancia, más allá de las montañas; el caminante sabe bien que hay montes que no se pueden eliminar y que hacen sudar a quien anda; lo extraordinario, sin embargo, es que en el Camino de Santiago, hasta la montaña “se hace al andar”, alternando momentos y estados de ánimo, cotidianos y sublimes, comunes e individuales, y consolidando mientras tanto la certeza de que, en lo más alto de la cima que nos preocupa, centelleará, tarde o temprano, el cielo.

Fecha de recepción: 29-VII-2008

Fecha de aceptación: 10-X-2008

74 Cfr. Mateo, 12, 1-13; Marcos, 9, 2-13.

75 Cfr. CAPPONI, A.S. (ed.), LAFFI, D., *Viaggio in Ponente à San Giacomo di Galizia e Finisterrae*, Bologna, 1681, Perugia, 1989.

76 Cfr. CAUCCI VON SAUCKEN, P., “Una nuova acquisizione per la letteratura di pellegrinaggio italiano: il *Viaggio da Napoli a san Giacomo di Galizia* di Nicola Albani”, en en SCALIA, G. (dir.), *Il pellegrinaggio...*, op. cit., p. 327-427: “*Invece dalla relazione di un pellegrino francese d’inizio 700, Guillaume Marnier, apprendiamo anche un curioso rituale profano, dalle origini antiche, che si svolgeva ancora sul monte del Gozo, vale a dire la cosiddetta elezione del re del gruppo pellegrini. Con tale designazione si intendeva infatti distinguere il primo gruppo dei viandanti che fosse riuscito a distinguere chiaramente, dalla sommità del Monte la sagoma della Cattedrale: «avendola vista, lanciai il mio cappello in aria, facendo sapere ai miei compagni che venivano dietro, che avevo visto la torre». Commossa e orgogliosa l’annotazione finale. Tutti, quando giunsero, ammisero che ero io re a dimostrazione di una personale esplosione di gioia nella grande festa comunitaria dell’arrivo*”. URÍA RIU, J., “De Portomarín a Santiago”, en VÁZQUEZ DE PARGA, L.; LACARRA, J. M.; URÍA RIU, J., *Las peregrinaciones...*, op.cit., t. II, p. 353 y ss.